

UN EJEMPLO DE CARISMA Y DETERMINACIÓN



Opinión

Gerardo Muñoz Lorente

► Fue presidente del CDS de la Comunidad Valenciana y del grupo parlamentario de la formación en las Cortes Valencianas

Nunca voté a la UCD porque semejaba un tren con locomotora del siglo XXI y vagones decimonónicos. Y tenía razón, pues ese tren terminó por descarrilar. El convoy vetusto no resistió la fuerza y la velocidad con que marchaba la locomotora.

Pero cuando aquella máquina moderna y elegante volvió a ponerse en marcha, enganchando tras de sí vagones nuevos, más acordes con los tiempos y con el país que recorría, no dudé en subirme al tren. Se llamaba CDS. En él estuve siete años, viviendo experiencias inolvidables, atravesando parajes tan variados y contrapuestos como la alegría y la tristeza, la esperanza y la frustración, haciendo amigos tan entrañables como **Rafael Martínez-Campillo**, **Manolo Benabent** o **José Ramón González**, y conociendo personas tan brillantes como **Eduardo Punset**, **Federico Mayor Zaragoza**, **Raúl Morodo**, **Chus Viana** y, sobre todo, **Adolfo Suárez**.

El presidente Suárez encarnaba la locomotora política que necesitaba España en aquellos años: moderna, eficaz e incansable. A pesar de arrastrar vagones desvencijados, hizo una labor encomiable durante la transición política, pero sus servicios también eran necesarios después, para encarrilar al país entero por las vías de la modernidad y de la tolerancia. Pero en cierto momento el tren del CDS se detuvo irremediamente, por falta de energía electoral. Todavía no había llegado el tiempo del AVE. El país no estaba preparado para tanta modernidad, para tanta tolerancia, para tanta visión de Estado. Todavía se prefería el espectáculo del choque de trenes.

En lo personal, Suárez fue para mí un ejemplo de dinamismo y determinación. Aunque políticamente no me veía reflejado en él como en un espejo, sí que me sentía lo suficientemente identificado con su pensamiento como para creer (y todavía lo creo) que España sería un país mejor si él hubiera podido gobernarlo de nuevo y sin la rémora casposa y cainita de quienes le halagaban el oído derecho, al mismo tiempo que le acuchillaban en el mismo costado. Estoy en condiciones de asegurar que Suárez tenía muy buenos proyectos para nuestro país. Proyectos que en nada se parecen a las realidades que hemos vivido en las dos últimas décadas y, sobre todo, en la actualidad. Pero no pudieron llevarse a cabo porque este país todavía tenía los ojos velados por una cortina carpetovetónica y maniquea que impedía ver más allá de la dicoto-



Gerardo Muñoz y Suárez con otros dirigentes del CDS en varios actos. INFORMACIÓN

mía visceral, del bipartidismo tradicional.

Mucho se ha hablado y escrito del carisma de Suárez. ¿Lo tenía de verdad o era un espejismo propiciado por el poder y la fama? ¿Existe el carisma? Sí, existe, pero es muy caro de ver. En mi vida (ya casi sexagenaria), solo he conocido a dos personas con carisma. Una de ellas era Adolfo Suárez. Su simpatía era cautivadora; su personalidad, arrolladora. Él era consciente de ello, pero, aunque cuese creerlo, no le había acarreado altivez. El presidente Suárez, el hombre que yo conocí, era un hombre tan afa-ble como responsable, capaz de divertirse en los momentos relajados con tanta espontaneidad como serenidad mostraba en los momentos difíciles, solemnes y hasta peligrosos.

Desde hace unos años, justamente desde que se retiró definitivamente, Adolfo Suárez ha venido siendo reconocido como el gran político que fue. Pero muchas de las personas que le halagaban (y que le elogian ahora), son las mismas que le vilipendieron hace treinta años, y que le temían hace veinticinco porque era un adversario formidable, un político con ideas muy claras, un político que ansiaba el bien común por encima de los intereses partidistas. Cuando Alianza Popular entró en crisis, se negó a aprovechar la coyuntura para encabezar la derecha política, tal como le animaron algunos, pues estaba convencido de que su sitio estaba en el centro. En un centro progresista y dialogante, dispuesto a impedir las mayorías absolutas y a dejarse utilizar como una bisagra, si era preciso, con tal de evitar que el país se viera arrastrado por los fanatismos extremistas. Pero ese renunciar al poder a toda costa, esa sinceridad ante la ciudadanía, esa visión moderna del servicio político, no obtuvieron recompensa. Aunque lo que Suárez proponía era algo valorado en muchos otros países democráticos, aquí fue incomprendido por el electorado y atacado hasta la desvergüenza por tirios y troyanos. El CDS desapareció. Y todavía hoy estamos pagando las consecuencias: gobiernos con mayoría relativa buscando desesperadamente el apoyo puntual y costosísimo de partidos nacionalistas, cuando no mayorías absolutas tan deleznable como las de **Aznar** y **Rajoy**.

El CDS de Suárez fue una oportunidad perdida para todo el país del que me despedí con pena y frustración. Hoy me despido de quien creó aquella oportunidad y de quien propició con anterioridad el tránsito de la dictadura a la democracia, recibiendo como pago entonces, no el reconocimiento y los elogios de ahora, sino desagradecimiento, insultos y un título de duque que nunca quiso. Dicen que la Historia resarcirá tanta injusticia e hipocresía poniendo a Suárez en el lugar preeminente que le corresponde, pero eso creo que a él ya no le servirá de consuelo, como no le sirvieron los reconocimientos y premios que recibió cuando se retiró.

Hoy me despido, agradecido y entristecido, de mi presidente.